

Cuentos

HE
TE
RO
PI
AS





El lamento del que perdió todo

Uriel José Bermúdez
Pirela

Estudiante del Programa de Derecho

Eran más de las tres de la madrugada y Pedro Wiak no dejaba de pensar en las consecuencias de sus actos. Abandonó todo lo que se consideraba como puro, su esposa había muerto y dejó a la suerte a sus propios hijos, quienes habían sido adoptados por una familia pudiente. "Ahora tendré que cargar con este peso durante el resto de mi existencia", decía Pedro para sus adentros. Caminaba por las solitarias calles, aparentemente sin rumbo y con el ánimo vuelto pedazos, hasta que encontró un aviso en la calle que rezaba lo siguiente:

"Solo hay una oportunidad para pensar bien las cosas. Si quiere más información relacionada con esta frase,

consúltelo con el Guía a través del Sendero de la Salvación". Pedro se preguntó: "¿Sendero de la Salvación? ¿Esto no es lo que predicán las religiones?", y siguió caminando por las calles de la ciudad, cuando de pronto vio algo que llamó su atención. Allí, en el paraje que estaba repleto de árboles, cual densa selva del Amazonas estaba un misterioso personaje. Pedro se puso nervioso ante el extraño, pero aquél lo había notado y le dijo con toda la sinceridad de su voz: "Pedro, ¿por qué tienes miedo? Si no me has conocido todavía". Pedro se acercó y le preguntó: "¿Tú eres el Guía?" El extraño dijo: "No me tengas miedo. No hay por qué tener eso en tus pensamientos. Ven hacia mí, porque tengo algo que te puede interesar".

El lamento del que perdió todo

Uriel José Bermúdez Pirela

Pedro se acercó un poco más y se detuvo, guardando la distancia con ese personaje. Notó que era alguien que tenía un conocimiento muy vasto, superior al de cualquier persona, y que además tenía una sensibilidad que no cualquiera podía sentir en su propio espíritu. Pedro, lleno de valor le volvió a preguntar: "¿Tú eres el Guía? A lo que el personaje respondió de manera firme: "Sí. Soy el Guía, pero no soy como ese guía que te explica los detalles de cada jeroglífico en los museos donde hay restos de antigüedades, si no que soy el Guía. Sé que te llamas Pedro, y te he visto caminar con un rostro meditabundo. Dime Pedro, ¿por qué te asaltan las preocupaciones en este momento, digamos que tan inoportuno de tu vida? Pedro escuchó atentamente la explicación del guía y solo atinó a responder: "Porque soy un imbécil".dijo: "Bueno, te daré un consejo y no quiero que lo olvides. Nunca lo olvides, porque de hacerlo, no te daré más ayuda. Es mejor tener amistades, claro que sí, pero recuerda que tú no eres nadie más que un simple mortal, y al igual que todos los que viven en este lugar, en algún momento de sus vidas van a entregar sus almas al Creador. No tengo amistad con él, porque él solo rige su universo mientras que yo tengo otro. Pero si te comportas bien, reconoces tus errores y haces algo por cambiar tu destino, puedes hacer de tu existencia un paraíso". 🏠



Ceruleo

Un silencio sin sabor, cortante y vacío, pero completamente lleno de palabras nunca dichas.

Consciente de lo callado y en lo tensionante del momento, discreta la mirada del que grita con los ojos. En la caza del momento indicado que no existe pues no se ha creado, el escándalo ahuyenta la oportunidad de confesar.

No es que no haya nada, o no es que sea pequeño, porque si es caso, ya alguien dijo que el universo tuvo que ser infinito para que la nada pudiera caber.

La soledad es mucha aunque basta con la presencia de un hombre que balancea su cuerpo en la baranda de un puente peatonal.

Quizá no sea tarde para arrepentirse, pero no sirve de nada el tiempo del crono si ni intenciones de ganas de continuar hay.

Ya no sirven las lágrimas, perdieron valor desde hace mucho y mueren antes de nacer. No hay tristeza, tampoco enojo, porque Martín, así llamado ese hombre, ya ha perdido sensibilidad.

Su jefe decía que no dormir no le afectaba, que debía terminar el trabajo, pero parece que sí, puesto que aunque a Martín no le importó trasnochar, su físico, ahora descompensado, no le dio la seguridad suficiente para con Ximena hablar.

Detestó a su jefe desde el primer día de trabajo hasta este momento, pues si aún no salta es solo porque siente que se le olvida algo. 🚪

Cristian Polo Casa
Estudiante del Programa de Cine y
Audiovisuales



Diego Armando
Soledad Sánchez
Estudiante del Programa de Antropología

Invisible

Apenas el reloj marcaba la 1:45 p.m., los habitantes de Santa Marta se quejaban porque “la loca” nada que llegaba. La ciudad estaba retomando su bololó habitual después del descanso de mediodía y, como cosa rara, muchos se quejaban del calor; todos menos Leo, como le decían algunos. Se enfrentaba al inclemente sol sin doblegarse y portaba con un sentimiento semejante al orgullo su uniforme verde desteñido por las múltiples lavadas y por el castigo del sol. Empezó su jornada de trabajo un poco bajo de nota porque su familia no se despidió de él como de costumbre.

La vida de Leo era parecida a uno de los poemas de Galeano, ya que él soñaba como «sueñan los nadie con salir de pobres» y así lo esperaba su familia o eso creía porque trabajaba con ahínco por ellos. En aquel día la hora pico estaba en pleno apogeo -como casi siempre a mitad de semana- y tenía que seguir en lo suyo. Una buseta pasó a toda velocidad sobre un charco cerca de él, por un momento creyó que lo habían lavado con agua de dudosa procedencia, pero de manera inexplicable se salvó.

La Avenida del Libertador reverberaba por el incesante sol mientras la escoba solo se detuvo cuando Leo recogió una envoltura de Chocorramo que un niño tiró a sus pies al pasar por su lado en plena carrera. Frente al nuevo supermercado un joven se acababa de tomar una bolsa de agua e hizo un amague de tirarla al bote de basura que Leo llevaba consigo; sin embargo, esta casi le cae en la cara. Quiso decirle hasta de qué mal se iba a morir, pero en seguida puso en marcha su moto para llevar a la pasajera que se acababa de montar, y el indiferente se

fue tan rápido que Leo no pudo reaccionar a tiempo. Solo alcanzó a gritarle que no estaba pintado en la pared. Nadie reparó en su queja. Tres cuadras más adelante un anciano arrojó un vaso de café a medio tomar al piso del andén donde permanecía sentado en una banca, y aunque no estaba obligado Leo se dirigió hasta el viejo y lo recogió; este ni lo determinó cuando se fue siguiendo a la señora de los tintos que pasaba por la otra parte de la calle. Quiso tomarse uno, mas al ser ignorado ante su llamada decidió continuar su labor un poco malhumorado diciéndose a sí mismo: -¡O en la mañana comí vidrio que no me di cuenta y creen que soy invisible o huelo a grajo!

Continuó con su recorrido hasta encontrarse con unos compañeros de trabajo en el lugar donde un camión amarillo de valores casi lo borra el día anterior. Los saludó, pero creyó que no lo habían escuchado porque "ni bolas le pararon" y al tratar de repetir su saludo se dio cuenta de que, por la expresión que ellos tenían en su rostro, aquella conversación les dolía... Venían hablando sobre los invisibles o «los nadie, que cuestan menos que la bala que los mata»; o un camión que pasa por encima de ellos como si fueran perros a mitad de la calle al igual que su viejo amigo a quien le gustaba vestir con orgullo su uniforme y al que solo le dedicaron media página escrita de modo vulgar en uno de esos periódicos amarillistas donde importa más el sensacionalismo o lo que esté de moda, como las campañas políticas de ataque, ausentes de propuestas y argumentos. Barrieron lo poco que medicina legal no pudo recoger el día anterior y siguieron su camino extrañando a Leo y quejándose del sol. 🚧

Invisible

Diego Armando Soledad Sánchez



En la esencia animal, una síntesis para la vida humana

Mario Miguel Martínez Saucedo
Estudiante del Programa de Ingeniería Agronómica

Caminaba, cual tan lento, que al andar parecía un animal, vivía sin mayor desconcierto, sin afán, su cuerpo estaba cubierto con un grueso chaleco, una armadura impenetrable que lo protegía del exterior, de las tempestuosas condiciones climáticas y de, por qué no, algunos de sus mayores enemigos que yacían esperándolo para devorarlo rapazmente, esta cubierta era la manera de adaptarse de su piel lánguida a su ambiente inclemente.


Vagaba tranquilo por muchos lugares en busca de lo soñado, en búsqueda de un largo camino que lo llevará a realizarse, a crearse, a trascender en su mundo finito. Esperando esa mañana que llegaría para emprender ese camino que se convertiría en la razón y sentido de su vida. Deseoso quería transformarse, en algún momento llegar a inspirar, a levantarse en conocimientos ya no tan empíricos, ahora con todo el auge de lo científico y la técnica aplicada. Pensaba; alguna vez, en la soledad de una noche de estrellas, donde su brillo le revitalizaba, como era de necesario elevarse de su propia condición, de aquella pernicioso utopía, de efímeras alegrías, era la oportunidad frente a sus ojos, no había otra quizás. Sin embargo, vagaban aún cuestiones en contra de sus valores absolutos y de infinidad de relativos pretenciosos para ir adelante, pero por encima de estas cuestiones recordaba que debía ser capaz de mostrar al mundo su cabeza y que por encima de aquel caparazón y físico singular yacía oculto un ser con un espíritu trascendental y sublime, aquel en quien cualquiera pudiera poner su confianza, lleno él de una sabiduría inspirada, dio un primer paso en dirección contraria a lo que su mente llegaba, todo fue necesario en el impulso para mejorar ese punto inalcanzable, el cual con una emoción oníricamente revelada se dispuso a enfrentar.

Siendo así, se lanzó rápidamente, tal vez como nunca lo habría logrado hacer, como nunca en velocidad,

era nuevo pero esencial, era comprender la necesidad de una diferencia en sus impulsos, de aquellos ligeros movimientos que una vez lo caracterizaron, sino todo quedaría igual.

Aquel primer día vio como no encajaba, no se desilusionó y siguió, entendía que debía insistir que una vez que se empieza, nunca volvería para atrás o como muchas veces así mismo se decía: "si uno nunca ha de empezar; nunca ha de terminar", esa era su mayor fortaleza, terminar lo que con tanto esfuerzo había iniciado, aunque muchas veces su pobre apariencia lo delataba, era imposible que los demás no lo detallaran a simple vista, ya que él era muy peculiar. No obstante, nunca le dio importancia a aquellas miradas penalizantes con sus minuciosos dedos acusantes, se repuso, siguió avanzando ya un poco más despacio parecía volver a encontrarse en sí, en un grandiosísimo exterior, rodeado de un entorno propicio donde realizar la esencia tácita de su pensamiento, lo que durante tantos momentos anhelaba su delicado corazón.

Su pensar era solo uno, caminar, nunca mirar para atrás y al fin lo logró, cruzando obstáculos gigantes, recorriendo lugares desconocidos que lo dejaron perplejo y contenido, lugares extraordinarios, de pocos seres que lo amaron, muchos otros que lo detestaron, cada vez que los recordaba en sus gestos solo una mentira se veía, hoy veía en él la dicha, de uno de entre muchos, que reconoce en el sacrificio y el trabajo la plenitud de la vida.

Llegando a finalizar esta etapa, comenzando un nuevo principio fuera de la selva extensa, de grandes pastizales, de montañas asfixiantes. Llegó a la puerta de la Universidad del Magdalena, desde ese instante comenzó a estudiar y ahora ha de asimilar más proyectos en su vida, vuelve cada día a vivir nuevamente como lo hacía antes y ahora todos los días se levanta temprano, toma ávidamente su nuevo y reluciente caparazón paciente y repleto de libros en su nuevo ambiente en donde todo volverá a comenzar, más ahora es conforme a un camino escogido dentro de muchos caminos. 

En la esencia animal, una
síntesis para la vida humana

Mario Miguel Martínez Saucedo